

# Por el Río de la Plata

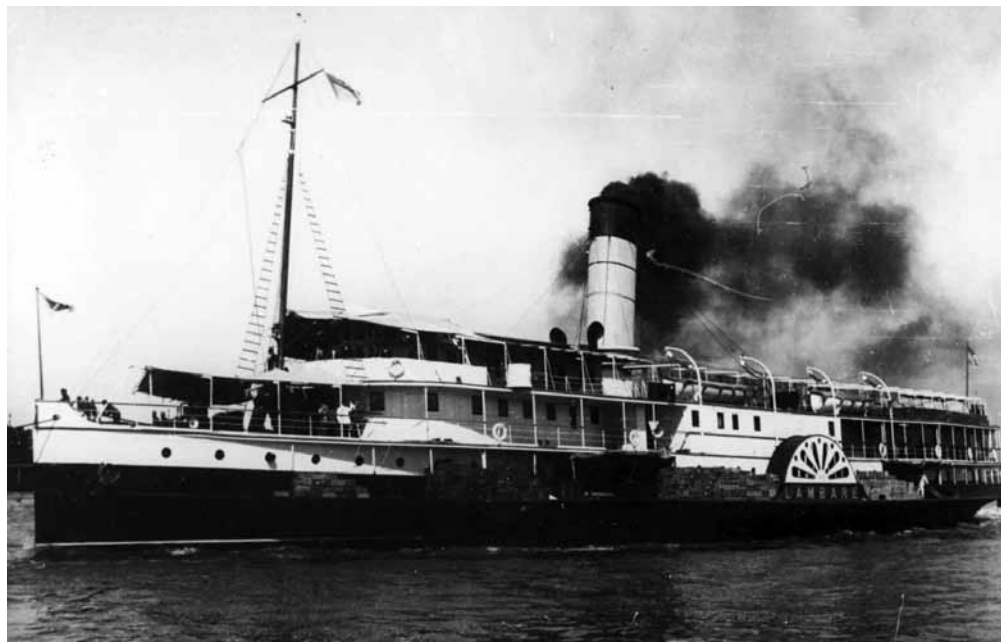
Rafael Toriz

*Uno hace turismo cuando está enamorado;  
cuando anda con mujeres.*  
Bioy Casares

ES BIEN CONOCIDA Y HASTA asimilada la sólida tradición literaria que sostiene el prestigio de la patria celeste y blanca. Nombres como los de Borges, Cortázar y Puig se han vuelto, más que una tradición, una forma de medida. Mucho se ha escrito al respecto y en esa dirección poco queda por acotar.

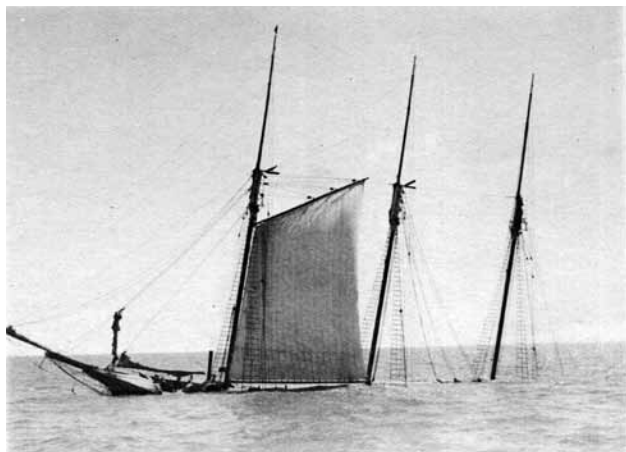
Sin embargo, atendiendo a cierta extrañeza idiosincrática de estas tierras, creo que si la literatura argentina es una de las más poderosas dentro de la lengua española, es debido a su carácter marginal y proteico; a esa capacidad excéntrica y extemporánea que tan bien supo ver y metabolizar Borges y que describió como nadie, con sus complejos y falencias, Witold Gombrowicz, a quien Ricardo Piglia consideró, en tono de chanza y alabanza, el mejor escritor argentino del siglo xx.

Hablar con fastos y alabastros de “la literatura argentina”, luego de observar algunos de los resortes de su república letrada y sobre todo del



Buque de pasajeros fluvial “Lambare” (1924), botado en 1908 y convertido en pontón en 1949: [bit.ly/sD8Mna](https://bit.ly/sD8Mna)

Goleta de tres palos "Favorito Don Ángel" (1938),  
botado en 1911; naufragó en 1938: [bit.ly/sHDfdE](https://bit.ly/sHDfdE)



conocimiento empírico adquirido luego de algunos años como vecino de Buenos Aires, excede mis intereses. Recomiendo a los interesados los doce volúmenes de la *Historia crítica de la literatura argentina*, coordinados por Noé Jitrik.<sup>1</sup>

Un análisis profundo de la literatura argentina, al menos desde la perspectiva de un mexicano, exigiría una revisión, por escueta que sea, de la historia del país y de la construcción de su Estado.

En México resulta imposible intentar aprehender cualquier aspecto de la realidad nacional sin un análisis del Estado mexicano en el siglo xx, esa compleja maquinaria kafkiana emergida de la revolución que, a semejanza de la *Matrix*, pareciera comportar un orden eterno y metafísico inmutable pese a las vicisitudes de la alternancia política, la insatisfacción generalizada y la miseria de millones de gobernados. Por razones inexpugnables, en México el priísmo es un guadalupanismo.

Y me refiero al Estado porque la primera diferencia que salta a la vista es su ausencia en la promoción de las artes. Acá, como por lo general en toda América

Latina, su presencia es mínima. No existe un sistema de becas como en México ni tampoco una nutrida oferta de premios literarios que permitan a escritores en ciernes y consagrados vivir de su trabajo literario<sup>2</sup>. Los escritores que he conocido, algunos de sólida trayectoria y talento notable, ineluctablemente viven de otra cosa, puesto que su actividad profesional, como en México, tiene escasa salida comercial y bien sabemos que la fortuna no está esperando por los dedicados a la escritura de libros.

Otro detalle funesto que complica el desarrollo literario es la centralización que vive la república Argentina. Acá, fuera de Buenos Aires, todo es la pampa. No todas las provincias cuentan con universidades ni con centros de cultura (he visitado algunos durante viajes por el interior del país y suele campear un paupérrimo desarrollo municipal). Al país le falta infraestructura, visión y si me apuran hasta gente. A diferencia de México, donde es posible para los escritores no internacionales coquetear y labrarse una carrera en el mercado interprovincial, acá fuera de Rosario, Córdoba y Mar del Plata —siendo absolutamente generosos— no pasa nada. Hace más de 70 años que Ezequiel Martínez Estrada escribió *La cabeza de Goliath* para referirse a la hidrocefalia que caracteriza a Buenos Aires y puede asegurarse, pulgas más pulgas menos, que la situación sigue en las mismas. La reina del Plata, más que capital de la Argentina, se ostenta jubilosa como la capital de la República Autónoma de Buenos Aires.

<sup>2</sup> En México, gracias al mecenazgo estatal, es posible ser un escritor de mediana edad —digamos de entre unos cuarenta y sesenta años— y vivir de la literatura sin haber conocido el éxito comercial o incluso sin lectores. Además, debido al desarrollo del país, la cantidad de gente y el funcionamiento más federalizado del país —en México también padecemos el centralismo pero no se compara con el argentino— es posible dedicarse de lleno a su actividad creativa complementando su quincena como tallerista, profesor o conferenciante, lo que redundaría en una profesionalización de la vida artística y una dignificación social que acá abajo, sencillamente, no existe.

<sup>1</sup> En esta dirección pueden descargarse algunos tomos disponibles en la red: [bit.ly/vwHjRR](https://bit.ly/vwHjRR)

Buque de pasajeros "Sarmiento" (1901), botado en 1901; naufragó en 1912: [bit.ly/s5LulZ](https://bit.ly/s5LulZ)



Este aspecto marca una de las más tajantes diferencias. Aquí no existe una burocratización de la vida literaria ni las carreras se encuentran definidas mayormente por la lectura y simpatía de los colegas. Por una parte, esta característica potencia una aguda sensación de orfandad pero, por otra, crea en un ambiente más salubre, una literatura fresca y desparpajada, tan incisiva como insolente (Macedonio, Filloy, Fontanarrosa).

En Buenos Aires es posible toparse con muy distintos registros de escritura, a veces buena, otras extraordinaria y también mala; pero lo que no se ve por estos rumbos son escritores-rémoras del presupuesto y herederos del modelo de escritor funcionario.

En México, patria del cinismo y la solemnidad, todos somos hijos y alimento del ogro filantrópico; y si acá siguen en pugna entre las osificaciones europeas con las que sueñan y la inmadurez criolla que los turba y los acompleja, en México todo es máscara y gesticulación.

La visión de la cultura como algo menos institucional y partidista ha sido para mí un gran descubrimiento toda vez que, a semejanza del pez inconsciente de su vida en el agua, ignoraba la posibilidad de una carrera literaria a espaldas del Estado.

Por lo demás, algo que no es bien entendido en ambientes sureños, es la complicada dialéctica de extender la mano y patear el pesebre, ese deporte instaurado por el PRI que llevan en las letras el designio de su nombre: en México todos somos poetas revolucionarios pero también institucionales.

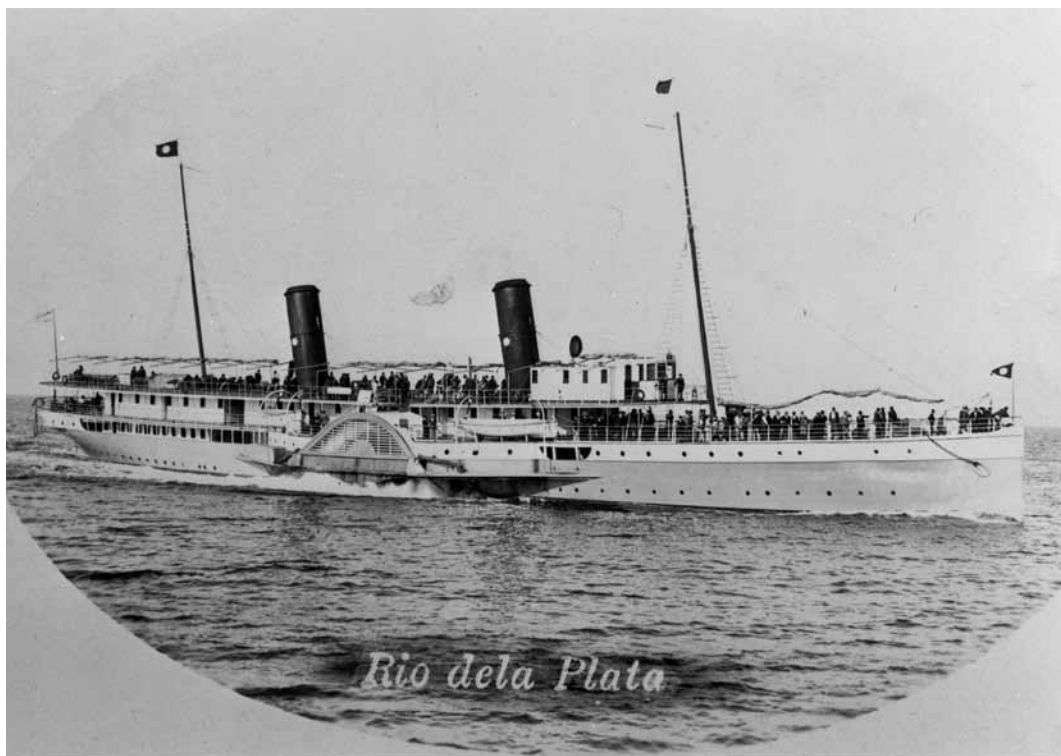
No dejan de asombrarme las pataletas de ciertos autores argentinos que desdeñan los apoyos del Estado por considerar que nada que valga la pena puede estar subsidiado, cuando lo que en verdad se ignora es que a las autoridades más bien les importa un pepino lo que se hace con el resultado de esos apoyos, que suelen funcionar como políticas culturales incompletas. Uno no está obligado a nada por recibir esos apoyos, como no

sea a cumplir con el proyecto pactado, porque la cultura literaria interesa principalmente a sus agremiados (y a veces ni a ellos). Y si de una cosa estoy seguro es que el mejor apoyo que puede recibir un artista con talento es dinero. Los casos mexicanos notables al respecto son numerosos (*Pedro Páramo*, *El arco y la lira* y *Farabeuf* fueron escritos con el apoyo de becas, por ejemplo). Los casos argentinos de Oliverio Coelho y Samanta Schweblin demuestran que los apoyos valen la pena cuando los escritores cumplen con su tarea.

En cuanto a las derivas literarias, el tema se pone interesante debido a la variedad y la extravagancia.

Existen registros muy diversos en la poesía, el ensayo, el teatro y la narrativa (imposibles de abordar en estas líneas), sin embargo, creo que las búsquedas formales y temáticas podrían resumirse en una cita extraída de unos de los diarios de Bioy: "Silvina dijo que en la actual literatura argentina únicamente había dos tipos de escritores: los que imitan a quienes los precedieron y los que escriben disparates."

Es precisamente en esos disparates donde se encuentra, en mi opinión, lo mejor de la literatura argentina reciente que, como la mexicana, también sufre el acoso de las editoriales españolas, ese terrible nicho



Buque mercante "Río de la Plata" (1906), botado en 1880  
y encallado en 1918: [bit.ly/tZ8e9r](https://bit.ly/tZ8e9r)

de habilitación cultural al que nos vemos sometidos por criterios económicos, que podrán pagar tirajes pero en ningún caso sedimentar prestigios. Estamos muy jodidos en América latina si por fuerza necesitamos la venia del gusto español para leernos al interior del continente, modelo pedestre promovido por comentaristas de novedades al estilo de Iván Thays, ese *Dutty-free* del campo literario.

En ese contexto sociológico, aunque sin desmerecer la calidad de sus obras, se encuentran los trabajos de Alan Pauls, Martín Kohan y Martín Caparrós, escritores en continua producción y calidad que, sin embargo —como no sea en la crónica en el caso de Caparrós— no hacen escuela. Ellos serían algunas de las cabezas más notables del *mainstream* narrativo en el entendido de que publican sus obras en editoriales españolas. En cuanto a narradoras, destaca la sólida trayectoria de Luisa Valenzuela y el trabajo de Sylvia Iparraguirre.

En tanto a figuras tutelares, luego del cisma que fue Borges para la lengua y que ineluctablemente ha tocado a todos los escritores argentinos con su sombra, destacaron, con distinta fortuna Fogwill, Juan José Saer y César Aira.

El primero, de una sensibilidad que me toca poco y nada, fue un publicista-literato autor de una obra inquietante y conflictiva, destacado por encarnar la figura del cínico de la casa, perfil que acá les interesa mucho y a mí me aburre fatalmente. Noto en las generaciones ahijadas a su amparo una superficialidad molesta y grandilocuente que imagino como una respuesta ociosa ante la herencia de la dictadura. Supongo que luego de Rodolfo Walsh y David Viñas buscaron romper con ciertas ataduras simbólicas pero sólo para caer en un estado de adolescencia permanente que me resulta insulso y majadero, sobre todo si tomamos en cuenta que, por las mismas épocas, unos años antes, también se construían tradiciones distintas como la que encarna Antonio Di Benedetto.

El segundo, de alcances que me parecen más logrados, es un narrador inteligente —a veces almidonado— autor de una de las obras más singulares de los últimos años, incluso de una novela excelente (*El entenado*) y un ensayo exquisito y sugestivo, *El río sin orillas*, que apuesta por la hibridación genérica de una manera tan lograda que, al menos en nuestra lengua, no tiene parangón.

El caso de César Aira resulta todavía más extraño porque creo que el valor de su escritura radica más en el gesto que en su trabajo. Luego de Borges, que cerró la manera de escribir abocada al virtuosismo destellante que comportan la filigrana y la inteligencia despiadadas, Aira irrumpió con una consigna tan sencilla como precisa: es posible y deseable escribir mal, escribir mucho y publicarlo. Aira es la bocanada de aire fresco que una generación estaba necesitando ante la genialidad del bardo de Palermo. Personalmente, tampoco me siento atraído por su literatura pero comparto su creencia al respecto de que siempre será mejor una página imperfecta que la immaculada hoja en blanco.

Alguien que ha seguido con atención esa tónica ha sido Guillermo Piro, poeta y traductor que vive disparando contra estatuas. Su obra, una extraña asimilación de las partes más valiosas de H.A. Murena y J.R. Wilcock, es la confirmación de la escritura como una espléndida derrota, ese carácter negativo y fascinante con que el lado oscuro seduce a los espíritus atentos.

Otro narrador potente, dueño de una voz inconfundible, es Alberto Laiseca, un temperamento robusto que ha escrito una de las obras más singulares en castellano de las últimas décadas. Recomiendo la lectura de sus cuentos. Son delirantes.

En lo que refiere al ensayo, el trabajo de la lingüista Ivonne Bordelois es uno de los que más me interesa. Su perspectiva meticulosa y apasionada al respecto de las palabras hacen de sus análisis relámpagos líricos que descomponen el lenguaje en fragmentos autónomos y vivos. Una cordialidad del intelecto, como quería María Zambrano, que se resuelve en esperanza.

De tono parecido, y mucho más secreto, es la obra de Miguel Espejo, ensayista de temple filosófico

que ha escrito libros complejos de indudable aliento poético, ese pacto tan seductor. Su caso recuerda el del olvidado José Edmundo Clemente, compañero de Borges en la Biblioteca Nacional y autor de una obra ensayística vigorosa y mesurada opacada por su ilustre compañero. Tiene casi cien años y hasta donde sé todavía vive.

Olvidé comentar a Ricardo Piglia, cuya lograda mezcla de ficción con ensayo ha sido uno de los pilares de la nueva narrativa latinoamericana. Su caso, en algo parecido al de Fuentes, es el de una especie de patriarca multinacional que administra con una obra sólida el capital simbólico que representa ser el escritor argentino más destacado y prestigioso en activo.

Y desde luego Beatriz Sarlo, ensayista de corte académico cuyos análisis del fenómeno literario insertos en el campo de los estudios culturales hacen de su escritura una experiencia provocadora, a la manera de Octavio Ianni o García Canclini. Leerla es como si Monsiváis hubiera acabado, con pulcritud, su tesis de grado.

Estas impresiones, motivadas por la circunstancia fortuita de vivir a medio camino entre México y Buenos Aires, no pretenden sino establecer una plática con los ociosos (describir el panorama reciente de la literatura argentina excede mis capacidades). Existe un nutrido ambiente poético y literario donde voces como las de Mercedes Álvarez, Nicolás Pinkus, Ezequiel Zaidenweg, Amalia Geischen, Esteban de Feune y Sebastián Kirzner constituyen nuevos, a veces secretos valores literarios.

En fin, cosas en las que uno piensa mientras camina por el río. ■■■